

JUAN 5,31-47

TEXTO

«³¹Si **yo testimoniasse** de mí mismo, **mi testimonio** no sería **verdadero**; ³²otro es el que **testimonia** sobre mí y sé que es **verdadero el testimonio** que **testimonia** sobre mí.

³³**Vosotros** enviasteis a **Juan** y él **ha testimoniado** de **la verdad**. ³⁴Pero **yo** no acepto **el testimonio** según lo humano, sino que digo esto para que **vosotros** seáis salvados.

³⁵Él era una lámpara encendida que iluminaba pero **vosotros** quisisteis ser alegrados durante una hora con su luz.

³⁶Pero **yo** tengo **un testimonio** mayor que el de **Juan**, porque las obras que el Padre me dio para que las llevase a cabo, estas obras que hago, **testimonian** sobre mí que el Padre me **ha enviado**.

³⁷Y el que me **envió** a mí, ese Padre **ha testimoniado** sobre mí. Nunca habéis escuchado su voz ni tampoco habéis visto su figura, ³⁸y su palabra no la tenéis en **vosotros**, pues **vosotros no creéis** en aquel que [me] **envió**. ³⁹Indagáis en las Escrituras porque **vosotros** pensáis tener en ellas **la vida eterna**; y aquellas son las que **testimonian** sobre mí; ⁴⁰y no queréis venir a mí para que tengáis **vida**.

⁴¹No acepto la gloria según los humanos. ⁴²Pero os he conocido: no tenéis en vosotros mismos **el amor de Dios**. ⁴³**Yo** he venido en el nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ése sí recibís. ⁴⁴¿Cómo podéis **creer vosotros**, aceptando gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?

⁴⁵No penséis que **yo** os acusaré a **vosotros** ante el Padre; Moisés, en quien **vosotros** tenéis puesta la esperanza, es quien os acusará a **vosotros**. ⁴⁶Porque si **creyeráis** en Moisés, **creeríais** en mí, porque aquel escribió sobre mí. ⁴⁷Pero si **no creéis** en sus escritos, ¿cómo **creeréis** en mis palabras?».

COMENTARIO

- **Introducción a 5,31-47:** El proceso continúa en los vv. 31-47, pero la defensa que hace Jesús de su actividad en sábado (vv. 19-30) requiere testigos. Como en los vv. 19-30, solamente se oye la voz de Jesús, pero los interlocutores siguen siendo «los judíos» de los vv. 5-18 (vosotros: vv. 33.34.35.38.39.42.44.45; los verbos en segunda persona del plural en los vv. 37.40.43.46.47). Jesús afirma que necesita testigos (vv. 31-32) y los presenta (vv. 33-40), pero al concluir el discurso pone de manifiesto la incapacidad de «los judíos» para reconocer la revelación de Dios (vv. 41-44) y les dice, en tono amenazador, que sus propias escrituras son las que los acusan (vv. 45-47). El discurso se desarrolla del siguiente modo: (a) Vv. 31-32: Jesús suscita el problema de un testimonio que pueda aceptarse. (b) Vv. 33-40: Se presentan los testimonios a «los judíos». (b.i) Vv. 33-35: Juan el Bautista. (b.ii) V. 36: Las obras de Jesús. (b.iii) Vv. 37-40: La palabra del Padre invisible. (c) Vv. 41-44: Jesús presenta formas diferentes de entender la gloria. (d) Vv. 45-47: Las escrituras de Moisés acusan a «los judíos».

El proceso que comenzó con la defensa que hizo Jesús de las acciones que realizaba en sábado (vv. 19-30; cf. vv. 16-18), concluye con la acusación de que «los judíos» son acusados por sus propias Escrituras. Los acusadores se han convertido en acusados.

.- **Un testimonio aceptable (vv. 31-32):** Jesús advierte que el testimonio que ha dado de sí mismo no puede verificarse (v. 31). Según la praxis judía, no bastaba con que el acusado probara la verdad de ciertos hechos; había que *presentar testigos* cuya palabra fuese digna de confianza (cf. Dt 19,15). Jesús acepta esta situación y remite, enigmáticamente, a «otro» que él sabe que da un testimonio constante que lo avala de forma perdurable (v. 32). Jesús se apoya en la confianza de su conocimiento, pero «los judíos» necesitan mucho más. Aunque el lector podría entender que el «otro» se refiere al Padre de Jesús, «los judíos» no están dispuestos a reconocer esto. Por consiguiente, Jesús remite a los testimonios que han visto y oído, es decir, a Juan el Bautista (vv. 33-35) y las obras de Jesús (v. 36).

.- **El testimonio de Juan el Bautista (vv. 33-35):** Jesús recuerda a «los judíos» que habían enviado mensajeros a Juan el Bautista (cf. 1,19). Se trata de un testimonio del pasado (v. 33: tiempo perfecto). Juan dio testimonio de Jesús al señalarlo como el Cordero de Dios (1,19.35) y el Hijo de Dios (1,34). Puesto que el testimonio del «otro» es infalible, Jesús no necesita ningún otro, pero «los judíos» sí (v. 34a). Puede desencadenarse el conflicto e incluso un proceso que tenga como objetivo la muerte de Jesús (vv. 16-18), pero él no excluye a «los judíos» de su misión salvífica.

La descripción que Jesús hace del Bautista como «una lámpara que ardía e iluminaba» evoca ideas más antiguas de una lámpara que se convierte en un testimonio del Mesías (LXX Sal 131, 16b-17; cf. Eclo 48,1). Esta lámpara que brillaba produjo alegría. «Los judíos» estaban dispuestos a alegrarse, pero, tal como muestra el presente proceso contra Jesús, su alegría se paró en este punto (v. 35). «Los judíos» aceptaron con gran alegría que la luz del Bautista diera testimonio del Mesías venidero, pero ahora son incapaces de aceptar a aquél de quien el Bautista dio testimonio.

.- **El testimonio de las obras de Jesús (v. 36):** Jesús posee un testimonio aún mayor (v. 36a). Tiene una tarea (la obra) que realizar cuyo origen se encuentra en Dios, una tarea que lleva a cabo a través de su continua respuesta al que le envió. Esta respuesta se ve en las muchas obras que Jesús realiza (v. 36b). Jesús no sólo hace estas obras, sino que las realiza perfectamente. Sin embargo, no hay que interpretarlas como un testimonio que da de sí mismo. La perfecta realización de sus tareas da testimonio de la verdad, es decir, que él es el enviado del Padre (v. 36c).

.- **El testimonio de la palabra del Padre invisible (vv. 37-40):** Tras la enigmática invocación del testimonio de otro en el v. 32, Jesús apeló al Bautista (vv. 33-35) y a sus propias obras (v. 36). Al hablar del testimonio del Padre (vv. 37-40) se clarifica quién era el «otro» del v. 32. Se hace una clara distinción entre los testimonios invocados en los vv. 33-36 y el del Padre. El ministerio del Bautista y las obras de Jesús podían verse y escucharse, pero no ocurre lo mismo con el testimonio del Padre que envió a Jesús (v. 37a). «Los judíos» no han oído nunca su voz y tampoco han visto su figura.

Aparece así una acusación al concretar Jesús lo que implica «voz» y «figura» en el v. 38b: «pues no creéis al que Él ha enviado». «Los judíos» dan por supuesto que poseen la palabra de Dios, que habita en ellos (v. 38a), pero el rechazo de aquél a quien Dios ha enviado convierte en fraudulenta esta creencia. Jesús es la voz y la figura de Dios, pero no lo escuchan ni lo ven de este modo. Jesús no es el Padre, pero sí es el enviado del Padre, que cuenta la historia de Dios en y mediante su historia. La voz de Dios es el *logos* de Jesús.

.- Jesús continúa indicando los fallos de sus acusadores en los vv. 39-40. Se afirma que la práctica judía del estudio y la reflexión de las Escrituras da vida (v. 39), pero «los judíos» no entienden el poder vivificante que procede del reconocimiento de que la palabra bíblica da testimonio de Jesús. Su decisión de procesar a Jesús para condenarlo a muerte se fundamenta

en su indagación en las Escrituras y en su forma de interpretar las leyes relativas al sábado (cf. v. 18). Pero las Escrituras, donde encontramos el testimonio que el Padre da de Jesús (cf. v. 37), están siendo objeto de abuso por aquellos que buscan matarlo. La Escritura señala a Jesús como la voz y la figura de Dios; creer en él conduce a la presencia de la palabra de Dios que mora en los creyentes, pero su falta de fe los descalifica para disfrutar de esta presencia (v. 38). «Los judíos» creen erróneamente que tienen vida por su tradición y la reflexión de la Escrituras (v. 39). Rechazan acercarse a Jesús (v. 40a). Efectivamente, su decisión de procesar a Jesús e intentar matarlo apoyándose en su comportamiento blasfemo en un sábado (vv. 16-18), los excluye de esta presencia vivificante (v. 40b). Se da un vuelco a la situación cuando el procesado comienza a acusar a quienes le estaban acusando hasta ahora.

- **Dos formas diferentes de entender la gloria (vv. 41-44):** La escena del proceso se aproxima a su final y Jesús presenta ahora los dos casos. El término griego *doxa* (= gloria) tiene un significado secular y bíblico. En su acepción común se refiere a la estima, el prestigio y la fama que proceden de una conquista humana. Jesús indica que no tiene interés alguno «en la gloria que procede de los seres humanos» (v. 41), pero está seguro de que «los judíos» no tienen el amor de Dios en ellos. A partir de este conocimiento íntimo de Dios, Jesús hace un reproche a «los judíos» porque no muestran ningún signo del Dios amoroso (v. 42).

Jesús, el acusado, no busca el reconocimiento humano (v. 41), mientras que «los judíos», los acusadores, no aman a Dios (v. 42). Esto les lleva a rechazar al enviado en el nombre del Padre (v. 43a) y a la fácil aceptación de quienes vienen en nombre propio (v. 43b). La autoridad de Jesús procede del Padre en cuanto enviado por él, pero es rechazado ya que «los judíos» aceptan a todos cuantos llegan sin otra cosa que la autoridad de su propio nombre (v. 43).

Emergen dos perspectivas radicalmente diferentes: Jesús se fija en Dios, mientras que «los judíos» juzgan según las apariencias externas. Jesús rechaza la *doxa* de los seres humanos, mientras que «los judíos» hacen lo contrario. En el fondo, su incapacidad para creer procede de su elección por la estima y el honor que se dan unos a otros, es decir, la *doxa* de los seres humanos (v. 44a). Encerrados en el mundo que pueden entender y controlar, son incapaces de ver y encontrar la *doxa* que procede de Dios (v. 44b). Jesús, el Señor del sábado, da a conocer la *doxa* del único Dios verdadero que ha mostrado al Hijo todas las cosas que hace para que él pudiera, a su vez, mostrarlas, e incluso mostrar obras mayores (v. 20).

Al rechazar la revelación del único Dios en el Hijo, «los judíos» han rechazado al Dios del sábado que dicen estar defendiendo (cf. vv. 16-18). No logran aceptar a Jesús porque en realidad sólo se aceptan a sí mismos.

- **Moisés acusa a «los judíos» (vv. 45-47):** El pensamiento judío consideraba a Moisés como el mediador entre Dios e Israel, es decir, como aquel que intercede ante Dios por los judíos (cf. Ex 32,11-14.30-33; Dt 9,18-29). La ley, el primer gran don de Dios, había llegado a Israel mediante Moisés, pero los dones de Dios han continuado y se han perfeccionado en y mediante Jesucristo (1,17b). No hay oposición entre ambos dones, puesto que uno sustituye al otro según el plan de Dios. Pero «los judíos» rechazan a Jesucristo, y, por tanto, Moisés los acusa (v. 45).

Jesús ha dicho anteriormente que las Escrituras dan testimonio de él (v. 39b). Esta afirmación retorna como acusación en los vv. 46-47. Si creyeran en Moisés, creerían también en Jesús, pues los escritos de Moisés hablaban de él (v. 46). Pero ellos no han creído en Moisés. «Los judíos» condenan a Jesús apoyándose en su interpretación de la Ley mosaica (v. 18), pero están cometiendo un error, pues malinterpretan la tradición mosaica. Por ello, el gran intercesor de Israel tiene que volverse contra «los judíos» para condenarlos. Hay una continuidad entre los escritos de Moisés (v. 47a) y las palabras de Jesús (v. 47b) que perfecciona todo lo que Moisés había dicho (cf. 1,16-17). Pero si «los judíos» son incapaces de

creer en los escritos de Moisés, entonces no pueden creer en las palabras de Jesús, que es la revelación de Dios (v. 47).

.- **Conclusión a 5,1-47:** La celebración del sábado constituye el trasfondo literario y teológico esencial de Jn 5. Un milagro realizado en sábado genera un conflicto (vv. 1-13). Tras un encuentro entre Jesús y el hombre curado, en el que se indica que Jesús no puede limitarse al comportamiento que se esperaba que se realizara en sábado (v. 14), se inicia un proceso (vv. 15-16) y se llega al veredicto de que Jesús debe morir (vv. 17-18).

Jesús se defiende afirmando que su actividad de donación de vida y de juicio en un sábado se basa en la dependencia de su Padre, que sigue aún trabajando (vv. 19-30). A continuación presenta los testimonios (vv. 31-32): Juan el Bautista (vv. 33-35), las obras de Jesús (v. 36) y el Padre (vv. 37-40).

La incapacidad de «los judíos» para aceptar estos testimonios conduce a un cambio irónico en la dirección del proceso: los acusadores se convierten en acusados (vv. 41-44). Su búsqueda de alabanza y prestigio humanos no puede igualarse a la autoridad de Jesús como revelación del único y absoluto Dios del sábado (v. 44). Se encuentran condenados, incapaces de leer y comprender correctamente los escritos de su gran antecesor, Moisés (vv. 45-47).